

Aurora Levins Morales (1954)¹

Hija de las Américas (1986)

Soy hija de las Américas,
una mestiza de piel clara del Caribe,
hija de muchas diásporas, traída a nacer en este continente en un cruce de caminos.

Soy judía portorriqueña de los EE.UU.,
producto de guetos de Nueva York que nunca he conocido.
Inmigrante, hija y nieta de inmigrantes.

Hablo inglés con pasión: es la lengua de mi consciencia, una hoja de cuchillo relumbrante de cristal, mi herramienta, mi arte.

Soy Caribeña, crecida en una isla. El español está en mi sangre,
olitas en mi lengua, chozas en mis caderas:
el idioma del ajo y los mangos,
el cantar en mi poesía, el gesto al vuelo de mis manos.
Soy de Latinoamérica, arraigada en la historia de mi continente:
hablo desde ese cuerpo.

No soy africana. África está en mí, pero no puedo regresar.
No soy taína. Lo taíno está en mí, pero no hay vuelta atrás.
No soy europea. Europa vive en mí, pero no tengo hogar allí.

Soy nueva. La historia me hizo. Mi primera lengua fue el spanglish.
Nací de los cruces
y soy la suma.

Ser portorriqueña (1986)

Fue Puerto Rico despertando dentro de ella. Puerto Rico despertándola a las 6:00 de la mañana, recordando el gallo que solía cacarear en la calle 59 y todos los vecinos maldiciendo a “ese maldito gallo”, pero ella lo amaba, esperaba oír su voz ronca esculpiendo el cielo de Oakland y comiéndolo como maíz picado, tan obviamente seguro de sí mismo, cacareando solo con millas de casas a su alrededor. Ella era como ese gallo.

A menudo podía oírlos en sus sueños. No el gallo solitario de la calle 59 (o alguna calle cercana... nunca había encontrado el patio exacto aunque tratara), sino los gallos histéricos, salvajes y revoltosos de las 3:00 de la mañana en Bartolo, gritándole a la noche y gritándole de nuevo al día.

Era Puerto Rico despertando dentro de ella, desenrollándose y a los empujones con la puerta que ella mantuviera bien cerrada por años y años. Quizás desde la primera vez que ella fuera inmigrante, cuando se negaba a hablar español en la escuela maternal. Ciertamente desde la última vez, cuando a los trece se encontró a sí misma entremedio de lenguas, entremedio de países, sin ningún sentimiento en absoluto por el terruño sólido bajo sus pies. Las moreras de Chicago, ese primer verano, le habían parecido tan completamente tristes al lado de sus recuerdos del flamboyán y del banano y... No, ni

¹ Selección y traducción de Gabriel Matelo.

siquiera los árboles y los arbustos individuales sino el conjunto de ellos, la agobiadora profusión de vida verde que era el hogar de su bienestar y el nido de sus sueños.

La puerta estaba abierta. Ya no podía mantener su acento bajo llave. Se escurría, enmascarado en dislexia, tatatamudeos, interrupciones, incapaz de pronunciar el mundo que seguramente saldría en el idioma equivocado, usando la ropa inadecuada. ¿Esa chica no sabe cómo vestirse? ¿No sabe cómo tener una cita, cómo hablarle a un profesor, cómo comportarse en la mesa con platería y copas de cristal y demasiados cuchillos?

Ayer contestó al requerimiento de su marido de que escuchara hasta el final de sus pensamientos antes de emitir comentario, gritándole. “Así es como hablamos. No voy a esperar tranquilamente a que termines. ¡Interrúmpeme tú también!” Tomaba jugo de ananá tres o cuatro veces por día. No de la marca Lotus, o el de las cooperativas, sino que era *piña*, y era dulce y amarillo. Y dejaba que el reloj se le deslizara a un mundo de mañanas, tardes y noches, en vez de “cinco-cuarenta-y-uno-y-veinte-segundos—beep.”

Había cosas que notaba acerca de sí misma, el ser portorriqueña que ella había mantenido oculto todos estos años, pero que había persistido como hábitos, como idiosincrasias de su naturaleza. La manera en que dejaba una olla con comida en la hornalla todo el día, sirviéndose cada vez que tenía hambre, el placer de tener algo siempre preparado. La manera en que le había faltado comida que ofrecer a Elena en los viejos tiempos se había estampado en el deseo de hacer las cosas así, porque eso *era* portorriqueño: Come, mija... ¿quieres café? La manera en que le avergonzaban y le irritaban las visitas sin anunciar de Ana, que caía en cualquier momento, abandonando los hábitos campesinos luego de una generación de vida en la ciudad. Tan diferentes de las atestadas agendas de todas sus amigas, haciendo citas para hablarse por teléfono con días de anticipación. Ahora ella añoraba esa falta de reloj, esas ollas de comida perpetuas de su infancia. Incluso en las casas más pobres un plato de arroz blanco y porotos negros con calabaza o bananas verdes y aceite.

Le había contado a Sally que los portorriqueños vivían como si todavía estuvieran en un pueblo pequeño, un pueblo pequeño de seis millones esparcidos a lo largo de decenas de miles de millas cuadradas, y que el pueblo pequeño que era su país necesitaba incluir ahora a la Avenida Manila en Oakland, porque se estaba mudando a él. Ya no se negaría a despertarse temprano, o a comer todo el día, o al deseo de permitir que el tiempo se le escapara entre los dedos y dejar que su trabajo le diera forma. Trabajar, comer, dormir, hacer el amor, jugar —dejarlos darle forma al día en vez de permitir que el día les diera forma a ellos. Desde que ella no pudiera justo ahora, en el traficar constante de una mujer con dos países, permitirle a una mitad de su corazón imponerse a la otra, cambiar esta soledad por otra quizás más dura, viviría como un portorriqueño vive en la isla, justo aquí al norte de Oakland, plantar los bananales y cafetales de su corazón alrededor de la puerta de su dormitorio, dormir bajo la sombra de sus flores y la ronquera escultora de los gallos, despertarse a las tazas esmaltadas de blanco con borde azul de jugo de piña y a los platos de guineo verde, y calentar ollas de arroz con trocitos de carne en la hornalla todo el día.

Había una mujer en ella que nunca había tenido la oportunidad de moverse en esta casa de la manera que quería, una mujer educada para ser como las otras mujeres de su infancia, trabajadora y de buen humor y transparente. Esa mujer se estaba despertando bostezando a la abarrotada rutina diaria de una escritora del norte de California que vive en las orillas de Berkeley. Estaba tomando el control, poniéndole mantitas al procesador de texto, sin preocuparse de hacer citas, hablando con los vecinos, viajando millas en el autobús para comprar bacalao, haciendo que el presente se sienta... y era toda portorriqueña, cada pedacito de ella.

Aurora Levins Morales (1954)

Child of the Americas (1986)

I am a child of the Americas,
a light-skinned mestiza of the Caribbean,
a child of many diaspora, born into this continent at a crossroads.

I am a U.S. Puerto Rican Jew,
a product of the ghettos of New York I have never known.
An immigrant and the daughter and granddaughter of immigrants.
I speak English with passion: it's the tongue of my consciousness, a flashing knife blade of crystal, my tool, my craft.

I am Caribeña, island grown. Spanish is in my flesh,
ripples from my tongue, lodges in my hips:
the language of garlic and mangoes,
the singing in my poetry, the flying gestures of my hands.
I am of Latinoamerica, rooted in the history of my continent:
I speak from that body.

I am not african. Africa is in me, but I cannot return.
I am not taína. Taíno is in me, but there is no way back.
I am not european. Europe lives in me, but I have no home there.

I am new. History made me. My first language was spanglish.
I was born at the crossroads
and I am whole.

Puertoricanness (1986)

It was Puerto Rico waking up inside her. Puerto Rico waking her up at 6:00 a.m., remembering the rooster that used to crow over on 59th Street and the neighbors all cursed "that damn rooster," but she loved him, waited to hear his harsh voice carving up the Oakland sky and eating it like chopped corn, so obviously sure of himself, crowing all alone with miles of houses around him. She was like that rooster.

Often she could hear them in her dreams. Not the lone rooster of 59th Street (or some street nearby... she had never found the exact yard though she had tried), but the wild careening hysterical roosters of 3:00 a.m. in Bartolo, screaming at the night and screaming again at the day.

It was Puerto Rico waking up inside her, uncurling and shoving open the door she had kept neatly shut for years and years. Maybe since the first time she was an immigrant, when she refused to speak Spanish in nursery school. Certainly since the last time, when at thirteen she found herself between languages, between countries, with no land feeling at all solid under her feet. The mulberry trees of Chicago, that first summer, had looked so utterly pitiful beside her memory of flamboyant and banana and.... No, not even the individual trees and bushes but the mass of them, the overwhelming profusion of green life that was the home of her comfort and nest of her dreams.

The door was opening. She could no longer keep her accent under lock and key. It seeped out, masquerading as dyslexia, stuttering, halting, unable to speak the word which will surely come out in the wrong language, wearing the wrong clothes. Doesn't that girl know how to dress? Doesn't she know how to date, what to say to a professor, how to behave at a dinner table laid with silver and crystal and too many forks?

Yesterday she answered her husband's request that she listen to the whole of his thoughts before commenting by screaming. "This is how we talk. I will not wait sedately for you to finish. Interrupt me back!" She drank pineapple juice three or four times a day. Not Lotus, just Co-op brand, but it was *piña*, and it was sweet and yellow. And she was letting the clock slip away from her into a world of morning and afternoon and night, instead of "five-forty-one-and-twenty seconds—beep."

There were things she noticed about herself, the Puertoricanness of which she had kept hidden all these years, but which had persisted as habits, as idiosyncracies of her nature. The way she left a pot of food on the stove all day, eating out of it whenever hunger struck her, liking to have something ready. The way she had lacked food to offer Elena in the old days and had stamped on the desire to do so because it *was* Puerto Rican: Come, *mija* . . . ¿quieres café? The way she was embarrassed and irritated by Ana's unannounced visits, just dropping by, keeping the country habits after a generation of city life. So unlike the cluttered datebooks of all her friends, making appointments to speak to each other on the phone days in advance. Now she yearned for that clocklessness, for the perpetual food pots of her childhood. Even in the poorest houses a plate of white rice and brown beans with calabaza or green bananas and oil.

She had told Sally that Puerto Ricans lived as if they were all in a small town still, a small town of six million spread out over tens of thousands of square miles, and that the small town that was her country needed to include Manila Avenue in Oakland now, because she was moving back into it. She would not fight the waking early anymore, or the eating all day, or the desire to let time slip between her fingers and allow her work to shape it. Work, eating, sleep, lovemaking, play—to let them shape the day instead of letting the day shape them. Since she could not right now, in the endless bartering of a woman with two countries, bring herself to trade in one-half of her heart for the other, exchange this loneliness for another perhaps harsher one, she would live as a Puerto Rican lives *en la isla*, right here in north Oakland, plant the bananales and cafetales of her heart around her bedroom door, sleep under the shadow of their bloom and the carving hoarseness of the roosters, wake to blue-rimmed white enamel cups of jugo de piña and plates of guineo verde, and heat pots of rice with bits of meat in them on the stove all day.

There was a woman in her who had never had the chance to move through this house the way she wanted to, a woman raised to be like those women of her childhood, hardworking and humorous and clear. That woman was yawning up out of sleep and into this cluttered daily routine of a Northern California writer living at the edges of Berkeley. She was taking over, putting doilies on the word processor, not bothering to make appointments, talking to the neighbors, riding miles on the bus to buy bacalao, making her presence felt... and she was all Puerto Rican, every bit of her.